

nos á la vez, se vió arrancado de su casa y llevado delante del jefe prusiano, que montaba un caballo blanco. Logró Bernadou deshacerse de las manos que le retenían, y se colocó derecho, frente á frente de sus enemigos. La palidez había desaparecido de su rostro, y sus ojos despedían fuego y firmeza.

—Tú me pareces menos bestia que tus demás convecinos, le dijo el jefe alemán. ¿Conoces bien esta comarca?

—¡Palmo á palmo!

—¿En este pueblo hay armas ocultas?

—Sí.

—¿Qué habéis hecho de ellas?

—Si se me hubiesen dejado obrar, no tendríais necesidad de preguntarlo, puesto que de sobra hubiérais sentido sus efectos.

El jefe prusiano le dirigió una mirada penetrante, como admirándolo le por su atrevida contestación.

—¿Quieres decirnos en donde se hallan ocultas?, volvió á preguntar el prusiano.

—No, contestó Bernadou.

—¿Ignoras que los que ocultan armas son fusilados?

—Así lo habeis decidido vosotros.

—Es verdad, y la voluntad de los prusianos es ley para los franceses. Eres audaz; mereces la muerte. Pero atiende; ¿tu conoces bien la comarca?

Bernadou sonrió como sonreiría una madre si alguien cometiera la tontería de preguntarle si recuerda los rasgos del hijo que acaba de perder.

—Si tú la conoces bien, prosiguió el uhlano, no te fusilaré. Condúcame, en línea recta, como el vuelo del cuervo, en el lugar en donde se hallan ocultas las armas. Si lo haces, te perdono. Sino...

—¿Sino?

—Serás fusilado.

Bernadou nada respondió.

—Y bien, ¿que es lo que escojes? dijo el oficial impaciente, después de un momento de silencio.